

LA FLOR DEL ZURGUEN

(LETRILLA)

Parad, airecillos,
Y el ala encojed,
Que en plácido sueño
Reposa mi bien.
Parad, y de rosas
Tejedme un dosel
Do del sol se guarde
«La flor del Zurguen».
Parad, airecillos,
Parad y veréis
A aquella que ciego
De amor os canté:
A aquella que aflije
Mi pecho cruel,
La Gloria del Tormes,
«La flor del Zurguen»
Sus ojos luceros,
Su boca un clavel,
Rosa las mejillas;
Y atónitos ved
Do artero Amor sabe
Mil almas prender,
Si al viento las tiende
«La flor del Zurguen»
Volad a los valles
Veloces traed
La esencia más pura
Que sus flores den.
Veréis, cefirillos,
Con cuánto placer
Respira su aroma
«La flor del Zurguen»
Soplad ese velo,
Sopladlo, y veré
Cuál late, y se agita
Su seno con él:

El seno turgente,
Do tanta esquivez
Abriga en mi daño
«La flor del Zurguen»
¡Ay cándido seno!
¡Quién sola una vez
Dolido te hallase
De su padecer!
Mas ¡oh! ¡cuán en vano
Mi súplica es
Que es cruda cual bella
«La flor del Zurguen!»
La ruego, y mis ansias
Altiva no cree:
Suspiro, y desdëña
Mi voz atender.
¿Decidme, airecillos,
Decidme qué haré
Para que me escuche
«La flor del Zurguen?»
Vosotros felices
Con vuelo cortés
Llegad, y besadle
Por mi el albo pie.
Llegad, y al oído
Decidle mi fe;
Quizá os oiga afable
«La flor del Zurguen».
Con blando susurro
Llegad sin temer,
Pues leda reposa,
Su altivo desdën.
Llegad y piadosos,
De un triste os doled:
Asi os dé su seno
«La flor del Zurguen».

RECUERDOS

EL RIGODON

Por Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros.



El 11 de Julio de 1916, vino por vez primera a Cáceres en visita turística, la Infanta doña Isabel de Borbón, la popularísima Infanta hija de Isabel II, hermana de Alfonso XII y tía de Alfonso XIII, a la que los madrileños llamaban cariñosamente *La Chata*. Yo era entonces un muchacho y, además, tenía luto. Por todo ello no asistí a los bailes que se dieron en su honor, ni a ningún otro acto. Tan solamente vi a Su Alteza de lejos, cuando cruzaba por las calles.

Tres años después, en 1919, la Infanta volvió a Cáceres, para ser madrina de la bandera del recién creado Regimiento de Segovia. Llegó a la ciudad el 23 de Octubre, celebrándose la aludida ceremonia en la mañana del día 24, fecha en que la Augusta Señora emprendió el regreso a Madrid, en el tren de la noche.

Esta segunda vez asistí a todos los actos: recepción, Te Deum, entrega de bandera, baile... El baile tuvo lugar, en la noche del 23, en el Círculo de la *Concordia*. Doña Isabel presidió el rigodón de honor, que yo bailé.

Corrientemente, las personas Reales se retiraban al llegar la última figura del rigodón, la *cadena*, en la que era preciso cruzarse, dando la mano todos los hombres a todas las mujeres, según iban pasando. La Infanta, con su proverbial llaneza y simpatía, no se retiró de la *cadena*. Todos nos cruzamos con ella y a todos nos dió la mano, que íbamos besando al pasar, ya que era eso de protocolo en tales casos.

El rigodón fué mi primer contacto directo con aquella princesa tan española, tan popular y tan querida. Realmente, ella podía ser un gran simbolo de la era del rigodón, de una era de delicadezas y señoríos que había venido deslizando por el siglo XIX y se prolongaba en las dos primeras décadas del XX, iniciada ya su decadencia.

Después ví y hablé muchas veces a la Infanta. Era simpática de verdad. Aunque, aparentemente, resulte paradójico, el exagerado concepto que tenía de la realeza la llevaba al trato cordial con todos, porque de la idea de sus deberes y responsabilidades nacía un potencial inconcebible de amor a España y a los españoles. Estaba colocada siempre